

LA ZARABANDA

GARCÍA MARTÍNEZ

Sacarle su mejor vino a la desgracia

Reflexiones del jumillano José Carrión sobre vivir la vida



Todas las personas interesantes que yo he conocido han vivido el fracaso, el sufrimiento y la pérdida. Como si nada digno de belleza o inteligencia pudiera surgir de la comodidad o de la felicidad programada». Lo escribió este miércoles en 'La Verdad' un jumillano de luces, José Carrión, que se dedica a pensar más de lo que es habitual en estos degradados tiempos. Visto su apellido, hasta pudiera ser pariente mío, pero eso no quita, ni pone.

Carrión es catedrático de Biología Evolutiva. Sus palabras, reproducidas más arriba, no diré que no sean manifestación de sus saberes como hombre de cátedra. Pero sospecho que responden mejor a la influencia del paisaje, el clima, las costumbres y el talante vital, en fin, del lugar donde nació. El título mismo de su artículo, 'El poder de la desgracia', tiene bastante que ver con la biología (¿evolutiva?) tan peculiar de las gentes del que ahora llaman Altiplano.

Creo saber que la sabiduría popular de 'la Jumilla eterna' da por bueno que, a la larga, una vida regalada –como decían antiguamente– no te hace feliz. También se acepta por allá arriba que lo mejor de todo es ser capaz de afrontar con entereza las penalidades del vivir. Las reflexiones de Carrión, para mí que no son únicamente de libro, sino que le vienen transmitidas –vox populi– desde el lenguaje llano de su gente. Quizás sentencias de personas sensatas (gorra, blusa y alborgas), que yo también respiré –y asimilé, si no fuera mucho pedir– durante mi niñez jumillana.

Según Carrión –que dice sentir sinceramente esto que escribe–, «lo más honesto es tener en cuenta que tendemos a infravalorar el papel de la desgracia para hacernos felices y a sobrevalorar el poder de la adversidad para hacernos desgraciados». ¡Joder, me suena mucho esto y desde hace tanto tiempo! Pero no como cosa leída, sino vendimiada de viva voz, oliendo a mosto en otoño, a marcha fúnebre del maestro Santos en primavera, a florecilla de aligustre en verano y a orico de buena lumbre en invierno.

Palabras de jumillano nudoso, transfigurado en duro pero también flexible sarmiento de la monastrell. Y tomándolo con sus más y sus menos, ¡oh, ciudad noble y leal!